

	Pág.
XXV.—Los Toros.	57
XXVI.—La Independencia.	58
XXVII.—Viejos odios.	60
EL DESIERTO DE LOS LEONES	
XXVIII.—El desierto de los Leones.	75
LOS TEATROS Y LA EXPOSICION JAPONESA	
XXIX.—Los teatros.	83
XXX.—La Exposición Japonesa.	86
GUADALUPE	
XXXI.—Guadalupe.	89
LAS HACIENDAS DE D. IÑIGO	
XXXII.—Las Haciendas de D. Iñigo.	101
XXXIII.—Xico.	103
XXXIV.—Zoquepam.	107
XXXV.—La Compañía.	110
XXXVI.—La Cuestión Social.	111
XXXVII.—Idolos y Esqueletos.	113
XXXVIII.—La Sauteña.	114
XXXIX.—Un Mercado Indio.	115
OTRA VEZ EN MEXICO	
XL.—El baile monstruo.	119
XLI.—El arbol de la Noche Triste.	122
XLII.—Xochimilco.	124
XLIII.—El Acueducto.	127
XLIV.—Las Chinampas.	128
XLV.—Caza y Pesca.	131
XLVI.—Las Colonias Extranjeras.	133
RANCHO COLORADO	
XLVII.—Otra vez en Puebla.	141
EL INTEROCEANICO	
XLVIII.—De vuelta.	147
XLIX.—Perote.	148
L.—Hermosos paisajes.	149
LI.—Jalapa.	151
EPILOGO	
Contestación á un ataque inmotivado.	155

À GUISA DE PRÓLOGO

DOS PALABRAS Á GUISA DE PRÓLOGO

No vamos á descubrir ni á conquistar ni á civilizar á Méjico, que eso ya lo hicieron de manera incomparable los aventureros sublimes que, á fines del siglo XV y principios del XVI, asombraron al mundo con sus portentosas y casi increíbles hazañas.

Vamos, solamente, á consignar en estas páginas algo de lo que vimos y sentimos en los dos meses escasos que pasamos en la tierra de Hernán Cortés. Y esto sin pretensiones de ningún género y sólo por complacer á amigos queridísimos que, al oírnos hablar entusiasmados de aquel país admirable, han creído que debiéramos hacer algo parecido á lo que realizamos hace siete años, después de nuestro viaje por España, y algo más tarde al volver de una bellísima y emocionante excursión por las montañas del Colorado.

A este deseo de nuestros amigos, quizá se una también, como causa de la publicación de estos recuerdos, la necesidad imperiosa que nuestra alma siente de hacer partícipes á nuestros habituales lectores de las sensaciones agradabilísimas que experimentamos en aquella tierra de los altos volcanes, siempre cubiertos de nieve, de las aves canoras, pintadas con vivísimos colores, y de las flores de aroma delicado y de variedad inacabable que alfombran y perfuman valles y montañas; tierra

puesta por Dios á tal altura sobre el nivel del mar, que para poder subir á gozar de sus bellezas es necesario tener un corazón sano y fuerte que, al par del aire sutil, pueda resistir grandes, inmensas emociones.

Del Centenario de la independencia de Méjico, á pesar de haber sido el pretexto de nuestro viaje, diremos poco. Ya los lectores del DIARIO están enterados de lo que fueron aquellas fiestas, que ni en los tiempos más fastuosos de la antigua Roma ni en los brillantes y soberbios del Bajo Imperio tuvieron semejantes.

Algo diremos, sin embargo, de aquel inmenso triunfo de la gran república mejicana y especialmente de las distinciones, tan significativas como inolvidables, de que fueron objeto la Madre Patria y la República de Cuba, tanto seguramente por instinto de conservación como por simpatías de la sangre.

Pero de lo que principalmente hablaremos en estas páginas, escritas entre el tráfigo y las nerviosidades de la lucha diaria—no lo olviden nuestros lectores—será de la naturaleza mejicana, de sus montañas imponentes; de sus valles fertilísimos; de sus habitantes blancos, mestizos é indios puros; de las colonias extranjeras, y con mas cariño, claro está, de la española; de las costumbres y de los gustos rarísimos de aquel país de climas tan variados, que en pocas horas se puede pasar en él de *tierra caliente* á la región de las nieves eternas; y á la vez y siempre hablaremos de Hernán Cortés, porque el que va, sin prevenciones y conociendo algo la historia, á Méjico, se encontrará que por todas partes surge el recuerdo de aquel gran conquistador, lo mismo al remontar los abismos de la cumbre enorme del Mal-

trata, por cuyas faldas, al lado de la obra titánica del Ferrocarril Mejicano, serpentea la no menos atrevida y valiente de la ancha calzada hecha por Cortés á raíz de la conquista, que al pasar por las grandes lagunas de la planicie central, surcadas en día memorable para la civilización americana por los bergantines que el tenaz extremeño improvisara para vengar el desastre de la noche triste. Y hasta los volcanes que al cielo se elevan con su penacho blanco recuerdan inevitablemente á Hernán Cortés, pues hasta los cráteres subieron sus soldados á buscar azufre para poder hacer pólvora y continuar aquella lucha homérica que en nombre de España y de la civilización cristiana venían sosteniendo.

Y no decimos más, porque parécenos que con lo indicado basta para que nuestros lectores comprendan lo que van á ser estos "Recuerdos de Méjico."